

FILOSOFÍA Y PENSAMIENTO EN LAS CIVILIZACIONES HISPÁNICA Y SÍNICA.

LA PRIMERA GLOBALIZACIÓN HISTÓRICA HISPANO-CHINA.

1. Introducción

Señoras y señores,

Es para mí un honor, como rector de la Universidad Internacional Iberoamericana-UNINI, de México, de la Red de FUNIBER, participar en este Foro para la Cooperación entre China y los Países de Lenguas Española y Portuguesa, donde hoy confluyen dos tradiciones civilizatorias que, aunque distantes en el espacio, han compartido desde antiguo un mismo objetivo: prosperar conforme a principios de orden, racionalidad y respeto a la integridad y soberanía de las demás naciones.

Por ello, el propósito de esta intervención, preparada en el marco de colaboración de la Cátedra FUNIBER por la Fundación Gustavo Bueno —pilar humanístico y filosófico de nuestro grupo educativo— no es trazar una imagen idealizada de nuestras tradiciones, de la realidad hispana y la realidad china, ni tampoco se trata de reducir la historia de las conexiones y relaciones entre ambas en un relato armonioso. Antes bien, se trata de reconocer su grandeza efectiva, sus tensiones y logros efectivos, y de comprender por qué pudieron confluir, a partir del siglo XVI, como potencias políticas de alcance universal.

De modo que el hilo conductor de la misma será doble. Por un lado, se tratará de bosquejar el desarrollo del pensamiento filosófico y político que sustentó la estabilidad interna y la proyección exterior de ambas civilizaciones: el confucianismo en China y la filosofía política y jurídica de corte católico en el Mundo Hispánico. Por otro, el proceso histórico que las conectó durante la llamada primera globalización, cuando el llamado Galeón de Manila unió por primera vez de manera estable los océanos y las distintas naciones del planeta.

Ambas vertientes —la filosófica y la histórica— no se oponen, sino que se implican mutuamente. Ninguna civilización se comprende fuera de las instituciones políticas, culturales y económicas que le dan cuerpo, ni tampoco sin las ideas que la orientan. La relación entre China y el Mundo Hispánico no se redujo ni lo hace ahora, por tanto, a un mero intercambio comercial, sino que puede entenderse como una relación entre dos racionalidades imperiales que, desde distintas configuraciones, buscaban el equilibrio y la permanencia del orden frente al caos geopolítico.

2. El desarrollo del Imperio chino y el pensamiento confuciano

La historia de China puede entenderse como el proceso de constitución, crisis y recomposición de una forma imperial de organización política que ha perdurado durante, al menos, más de dos milenios (aunque hay quien lo data aún más allá). Pero lo relevante es que desde la unificación bajo la dinastía Qin, en el siglo III antes de nuestra era, hasta los grandes imperios Tang, Song, Ming y Qing, la sociedad política china se concibió como un todo ordenado, jerárquico y autosuficiente, orientado antes a preservar el orden interno más que a expandirse sin límites hacia el exterior. No en vano se concebía como el Imperio del Centro, y aunque no carece de periodos expansivos, su imperialismo es más de carácter ejemplar y centrípeto que expansivo.

En ese marco, el pensamiento confuciano, aunque quizá hoy esté más limitado, desempeñó un papel decisivo. Y es que Confucio no fundó una religión, sino una doctrina vital y política sobre la rectitud y la jerarquía como condiciones de la estabilidad social. Sus enseñanzas, reelaboradas por Mencio y los neoconfucianos, dieron lugar a un sistema de gobierno basado en la virtud del gobernante y en la responsabilidad moral de los funcionarios. La sabiduría no consistía en retirarse del mundo, sino en ordenar rectamente las relaciones personales y políticas. El buen gobierno no consistirá, desde la óptica confuciana, en acumular poderes y riquezas, sino en proteger y cuidar del buen orden del cuerpo político como el buen padre hace con su familia.

El confucianismo fue así una doctrina de Estado que sólo en un sentido lato podría decirse filosófica. Sus textos se convirtieron en el canon de los exámenes imperiales que, durante siglos, seleccionaron a los servidores públicos: el conocido y efectivo mandarinato. La armonía que proclamaba no era, sin embargo, un ideal abstracto de paz universal, sino un principio de orden que debía realizarse en la práctica social y política mediante la disciplina, la educación y el cumplimiento de las normas. De este modo, podríamos interpretar que el pensamiento confuciano chino desarrolló una racionalidad política orientada a la *eutaxia*, es decir, al mantenimiento del orden y el equilibrio de poderes en un territorio de gran tamaño y con gran diversidad de formas de vida.

El Imperio chino fue, en este sentido, una sociedad política con rasgos civilizatorios de gran alcance. Rasgos civilizatorios como, por ejemplo, instituciones estables, técnicas avanzadas y de una administración eficaz que hizo posible sostener a cientos de millones de habitantes. Inventos como el papel, la pólvora, la brújula o la imprenta no surgieron del azar, sino de una larga tradición de estudio, experimentación y aplicación práctica siempre dependiente de la estructura estatal. Las ciencias y técnicas estuvieron –como ocurre hoy– integradas en los planes y programas políticos, no disociadas de ellos.

Pero China fue también, en ciertos momentos, un imperio con rasgos expansionistas. El sistema tributario para con las sociedades adyacentes y la idea del «Reino del Medio» implicaban que los pueblos circundantes debían reconocer la supremacía del Emperador y participar en un orden mundial sin reciprocidad plena. Si China era el culmen de la civilización, las demás naciones no podían sino asumir su rol secundario y reconocer la supremacía china. Sin embargo, esta hegemonía se ejercía más por medio de la atracción cultural y comercial que por conquista militar. El expansionismo chino, salvo en contadas excepciones, fue diplomático y económico, no colonizador.

Durante la dinastía Ming, entre los siglos XIV y XVII, el Imperio alcanzó un alto grado de desarrollo económico y demográfico. Las expediciones navales de Zheng He, que entre 1405 y 1433 recorrieron el océano Índico hasta las costas de África, mostraron la gran capacidad técnica y logística de China. Pero ese impulso marítimo no desembocó en una expansión permanente, ya que, sin olvidarse de promover el comercio, los emperadores sucesivos optaron por clausurar las expediciones oceánicas, concentrándose en el orden interno y en la defensa de las fronteras terrestres. Esa decisión, comprensible desde su lógica política de carácter centrípeto, tuvo consecuencias profundas: dejó abierta la iniciativa marítima a otras potencias, entre ellas la hispánica, que poco después completaría la vuelta al mundo y conectaría definitivamente los continentes.

3. El Imperio español y la primera globalización

Como en el caso chino, el proceso de formación del Imperio español, también conocido como Monarquía Hispánica, fue el resultado de largos cursos históricos. La unión dinástica de Castilla y Aragón, la culminación de la Reconquista y la apertura atlántica tras el viaje de Colón configuraron una nueva estructura de poder capaz de articular territorios en los cinco continentes. Y esto es de gran trascendencia, ya que debemos entender que España no fue simplemente una nación europea que se expandió hacia el exterior, sino una formación política universal que integró a pueblos, lenguas y culturas bajo un principio común: la defensa del orden hispano, la fe católica y la racionalidad de las obras como fundamentos de la convivencia.

En el siglo XVI, el Imperio español estableció una red de comunicación que, por primera vez, unió el planeta. Desde Sevilla y Cádiz partían las flotas hacia América; desde Veracruz y Acapulco se cruzaba el continente americano hasta alcanzar el Pacífico, y desde allí el Galeón de Manila surcaba cada año el océano hasta arribar a Filipinas, donde los productos europeos y americanos se encontraban con las manufacturas y las riquezas asiáticas, especialmente las elaboradas y confeccionadas en China y por ciudadanos chinos en otros territorios.

Durante más de dos siglos y medio, entre 1565 y 1815, esta ruta –conocida como la del Galeón de Manila o la Nao de la China– fue la arteria principal del comercio mundial. A bordo viajaban la plata americana, el real de a ocho que se convirtió en la primera moneda universal, junto a sedas, porcelanas y especias procedentes del Imperio del Medio. Ese flujo constante de bienes, que también implicaba el flujo de saberes, hizo posible lo que hoy denominamos la primera globalización: un sistema económico intercontinental regulado por instituciones políticas y monetarias estables.

La plata de Potosí y Zacatecas en la Nueva España, el actual México, circulaba por los mercados de Cantón, y con ella se pagaban los tributos del Imperio Ming. Por su parte, las mercancías chinas llegaban a Europa a través de Nueva España, transformando el gusto, la industria textil y las artes decorativas. El mundo, por primera vez, se había cerrado sobre sí mismo en un circuito completo de navegación y de intercambio sapiencial y comercial. Y esta labor transformadora del mundo mismo –el Nuevo Mundo– es una de las realizaciones históricas más destacables de la labor imperial española.

Justamente por ello Filipinas, con Manila a la cabeza, desempeñó un papel esencial en este proceso. Fundada en 1565 por Legazpi y Urdaneta, Manila, como ocurría con otras ciudades del Imperio español, se convirtió en una ciudad verdaderamente global, cosmopolita, donde convivían españoles, chinos, filipinos, japoneses, mexicanos y portugueses. Allí se levantó el Parián, un barrio comercial chino que llegó a tener miles de habitantes, y que abastecería de bienes a toda la América española. Esta benéfica simbiosis entre ambas civilizaciones, aunque no exenta de conflictos y problemas, se materializó no sólo en el comercio, sino también en el conocimiento mutuo y en la labor cultural y científica.

Otro asunto a destacar es que los jesuitas tuvieron un notorio papel en todo ello, entre ellos el español Diego de Pantoja o el portugués Francisco Furtado. La Compañía de Jesús desplegó una diplomacia basada en el saber. Introdujeron en China la astronomía, la geometría y la cartografía europeas, mientras traducían al latín los clásicos chinos. Su

objetivo era introducir en China el catolicismo y favorecer los intereses católicos, pero desde el inicio con la comprensión clara de que tal cosa no podría llevarse a cabo por imposición, sino por convicción. Y paulatinamente. Por ello adaptaron sus prédicas y su lenguaje al confucianismo, buscando una convergencia entre la razón moral china y la filosofía política cristiana.

De ahí que estas relaciones fueran, en su mayor parte, pacíficas, o al menos así fue durante un tiempo, ya que a partir de la segunda mitad del XVII las relaciones con los jesuitas comenzaron a ser bastante más tensas hasta su final expulsión. Pero los jesuitas no eran los únicos que implementaron estas estrategias diplomáticas, pues desde las mismas autoridades españolas se alentaban en todos los niveles. Por eso, aunque se dieron propuestas de invasión a China –rechazadas por el rey Felipe II–, no hubo guerras ni imposiciones violentas entre España y China. La Monarquía Hispánica respetó la soberanía del Imperio del Medio y se relacionó con él a través del comercio y la diplomacia. Fue una relación entre iguales, sostenida quizá por una común concepción jerárquica del orden político y por una mutua conciencia del beneficio recíproco que esas relaciones implicaban.

Desde la perspectiva filosófica, el Mundo Hispánico compartía con el confucianismo una convicción profunda: que la vida social y política debe regirse por principios racionales y no por la mera fuerza. En España, esa convicción se plasmó en la escolástica y en el derecho natural, cuyas proyecciones dieron lugar con el tiempo al nacimiento del Derecho Internacional moderno. Las controversias de Valladolid, donde se discutió la legitimidad de la conquista, o las obras de Francisco de Vitoria y Suárez, muestran una idea del poder con proyección universal. En China, el confucianismo afirmaba igualmente que el soberano debe gobernar para el bien común, manteniendo la armonía entre las partes del cuerpo político.

De este modo, los dos imperios, cada uno desde su perspectiva –confuciana y católica–, entendieron la autoridad no como simple dominio, sino como administración de un orden de poder más amplio, con alcance metapolítico. Esa coincidencia permitió que el intercambio efectivo se acompañara de un reconocimiento diplomático y moral. La ruta del Galeón de Manila fue, por tanto, algo más que una empresa comercial, porque fue también una realización secular de la racionalidad política que ambas civilizaciones supieron alcanzar.

4. La irrupción de los imperios depredadores y el Siglo de la Humillación

Pero a partir de las últimas décadas del siglo XVIII el equilibrio geopolítico mundial comenzó a transformarse. No por el declive de la Monarquía Hispánica, que todavía no se había dado, sino por el ascenso de las potencias marítimas del centro y norte de Europa, las cuales alteraron las reglas del comercio y de la política internacional. Inglaterra, Holanda y, más tarde, Francia y Alemania, inauguraron una nueva fase del imperialismo caracterizada por el interés primordial por la competencia económica y la explotación directa de los territorios coloniales.

China, que durante siglos había sido el centro de la economía mundial, se vio progresivamente presionada por estas potencias. La revolución industrial europea generó una necesidad creciente de mercados y materias primas, y los gobiernos occidentales

recurrieron a la fuerza armamentística para abrir el comercio en Asia. La consabida diplomacia de los cañones.

El ejemplo más dramático fueron las Guerras del Opio, libradas entre China y Gran Bretaña en 1839-1842 y 1856-1860. Y es que bajo el pretexto del libre comercio, a pesar de que hacia el interior lo que practicaban era un férreo proteccionismo, los británicos impusieron la entrada masiva de opio en el mercado chino, destruyendo la estabilidad económica y social del país. Cuando el gobierno imperial chino intentó prohibir esa espuria práctica, aún más cuando en la misma Inglaterra el tráfico y consumo de opio estaba prohibido, Londres respondió con la guerra. El resultado fue la derrota de China, la apertura forzosa de los puertos y la cesión de territorios como Hong Kong. Este episodio marcó el comienzo del llamado «Siglo de la Humillación», en el que China fue fragmentada en zonas de influencia por las potencias europeas y Japón.

Durante ese periodo, el país perdió gran parte de su soberanía. Las potencias extranjeras se repartieron concesiones territoriales y privilegios comerciales. Alemania ocupó Tsingtao, Rusia avanzó en Manchuria, Francia en Indochina, Japón en Corea y el Reino Unido en Hong Kong y Shanghái. Fue un proceso de desposesión que contrastaba radicalmente con el tipo de relaciones mantenidas siglos antes con el Mundo Hispánico.

La Monarquía Española, debilitada ya por sus propias crisis internas, no participó en ese reparto. Pero la diferencia no fue sólo coyuntural. Responde a dos modos distintos de entender la expansión imperial. Mientras el imperialismo hispánico se había configurado como una estructura integradora de carácter generador, donde los territorios eran incorporados reproduciendo y adaptando instituciones, lenguas y derechos, el imperialismo anglosajón y europeo del siglo XIX se fundó en la explotación directa y en la superioridad racial.

El contraste es evidente. Mientras que las relaciones entre España y China se sustentaron en el intercambio comercial y el respeto de sus soberanías respectivas – aunque, como decíamos, no sin ciertos conflictos puntuales –, lo que surgió después, con las potencias coloniales europeas y Japón, se puede explicar como la depredación y el saqueo de China por parte de las mismas. Donde la primera globalización hispano-china había unido continentes mediante la circulación ordenada de bienes y saberes, las nuevas globalizaciones colonialistas impulsaron la depredación de unas naciones respecto a otras. China pasó de ser un imperio de una gigantesca potencia económica a convertirse, temporalmente, en un espacio depredado por potencias externas.

Sin embargo, esa misma crisis de larga data propició movimientos insurgentes en el seno de la población china, e intensificó la reflexión acerca de qué significaba China, estimulando asimismo las reformas internas. La autocrítica de los pensadores chinos durante el siglo XIX y principios del XX, el movimiento de refortalecimiento y las reformas de Guangxu (o Reforma de los Cien Días), muestran la fortaleza y vitalidad de una civilización capaz de reconfigurarse en medio de la permanente dialéctica sin cuartel entre Estados e Imperios. La recuperación posterior, culminada en el siglo XX con la reunificación del país y su actual desarrollo en todos los ámbitos, que parece imparable, atestigua que la racionalidad política china, lejos de desaparecer, se rearticuló adaptándose a los nuevos tiempos.

5. Conclusión: herencia y futuro de la relación hispano-china

La historia de los encuentros entre China y el Mundo Hispánico nos enseña que las civilizaciones no se definen por su aislamiento, sino por su capacidad para relacionarse sin perder su unidad e identidad. Cuando dos imperios dotados de una sólida organización política y de una conciencia universalista se reconocen mutuamente, pueden cooperar sin anularse. Aunque sólo sea porque son conscientes de que las fuerzas de uno u otro no bastan para imponerse al contrario. Esa fue la experiencia de la primera globalización, y sigue siendo una lección vigente.

Hoy, en el primer cuarto del siglo XXI, el español y el chino constituyen dos de las lenguas más habladas del mundo, fungiendo entre ambas como lenguas de pensamiento, ciencia y cultura para más de dos mil millones de personas. En el ámbito iberoamericano, el español no es sólo una lengua, sino una plataforma de comunicación política y económica que abarca más de veinte Estados soberanos. En Asia y en todo el mundo, el chino se proyecta como una de las lenguas de mayor influencia en la innovación tecnológica y el desarrollo económico.

De modo que las relaciones entre ambas plataformas geopolíticas no pueden reducirse a la nostalgia del pasado, pero tampoco pueden ignorarse los fundamentos históricos que las hicieron posibles. La cooperación contemporánea entre China y los países de lenguas española y portuguesa tiene su raíz en aquella red comercial y política que, durante siglos, unió Manila en Filipinas con Acapulco en México y con Sevilla en España; y también, por supuesto en las rutas que enlazaban Portugal con Macao. La misma racionalidad política ejercida entonces, basada en el comercio controlado y la búsqueda del beneficio mutuo, puede inspirar hoy nuevas formas de colaboración en los campos de la educación, la ciencia, la tecnología y la economía.

El español, junto al portugués, ofrece además una vía privilegiada para el acercamiento de China a todo el Mundo Ibérico o de la Iberofonía —espacio multinacional de treinta países y 900 millones de personas en todos los continentes—, que comparte una herencia común de pensamiento jurídico, filosófico y técnico. Por lo demás, la ascendente expansión del estudio del español en las universidades chinas y el creciente interés por la cultura y la historia de Iberoamérica y España son signos que pueden favorecer este proceso.

Podríamos decir que aquel galeón que durante siglos surcó el Pacífico sigue navegando hoy, transformado en los nuevos medios de comunicación, en las rutas digitales y en los intercambios educativos y científicos. Su travesía, sustituida hoy por la renovada Ruta de la Seda impulsada por China, ejemplifica el esfuerzo compartido de dos civilizaciones que, sin renunciar a su identidad, y sin deber hacerlo, pueden comprenderse y cooperar buscando el mutuo beneficio en un mundo marcado por el conflicto feroz y sin concesiones.

De hecho, el espíritu central de la Iniciativa Global de Civilización propuesta por el presidente Xi Jinping es promover la igualdad, el aprendizaje mutuo, el diálogo y la inclusión entre diferentes civilizaciones. Esto proporciona un marco macro y oportunidades innovadoras para el intercambio filosófico e intelectual entre la Civilización China y la Civilización Hispánica y de la Iberofonía. Ambas civilizaciones poseen una historia extensa, culturas brillantes y visiones del mundo únicas. Su

intercambio no sólo es posible, sino que también es de gran importancia para la construcción de una comunidad con un futuro compartido para la Humanidad.

En este Foro, en esta ciudad de Pekín que ha sido corazón de China durante siglos, aún resuenan los ecos de aquel proceso que configuró la primera globalización, transportada en las bodegas de los galeones hispánicos. Por eso, lo inteligente sería que el recuerdo de tales trascendentales hechos no sirva sólo como simple evocación que mueve a obvio orgullo, sino como inspiración para un presente que implique la colaboración efectiva y de mutuo beneficio entre el Mundo de la Iberofonía y la Nación-Civilización China.

Muchas gracias.